

puerta de nuestra habitación. Hasta donde alcanza la vista, parece idéntico al nuestro; pero más allá debe ser totalmente distinto. ¡Oh, Kitty, si pudiésemos entrar en la casa del espejo! ¡Estoy segura de que hay en ella cosas hermosísimas! Imaginémonos que hay algún medio de entrar. Imaginémonos que el cristal es blanco como una gasa y que nosotros lo atravesamos... ¡Mira Kitty, parece que el vidrio se derrite! ¡Es como una neblina plateada! ¡Ahora será fácil pasar!...

Y al decir esto, y sin explicarse cómo, encontróse Alicia sobre la mesilla de la chimenea... Efectivamente, el espejo se iba esfumando, cada vez más, como una nube de plata...

En un minuto Alicia atravesó el espejo y saltó al suelo de la ansiada casa del espejo. Lo primero que quiso averiguar fué si había fuego en la chimenea; quedó complacidísima al contemplar los fulgores de una hoguera tan brillante y hermosa como la otra que dejara tras ella.

—¡Aquí estaré tan calentita como en nuestra propia sala! — pensó Alicia —; más calentita, puesto que nadie puede echarme. ¡Qué divertido cuando me vean por el espejo y no me puedan tocar!

Comenzó entonces su inspección; echó una ojeada a su alrededor, y pudo cerciorarse de que allí no había nada que ya no hubiese visto desde su sala, por lo tanto no le interesaba; lo demás era ya muy distinto. Los cuadros de la pared vecina a la chimenea, por ejemplo, parecían personas vivas; y el reloj de la mesilla, que como ya ustedes supondrán sólo reflejaba en el espejo su parte posterior, en vez de esfera presentaba el rostro de un viejo que hacía a Alicia las más grotescas muecas.

—Parece que en esta casa no hay mucho orden; no es como la nuestra — pensó Alicia al ver algunas piezas

de ajedrez desparramadas entre las cenizas del hogar.

Pero, ¡oh sorpresa!, no pudo menos de caer arrodillada, con las manos en el suelo, al advertir que algunos peones se paseaban por parejas entre los morillos.

—¡Oh, aquí están el rey y la reina rojos! — dijo Alicia en voz muy baja para no asustarlos —. ¡Y aquí, sentados en el borde de la pala del carbón, el rey y la reina blancos; y dos torres van del brazo!... No creo que me oigan—prosiguió aproximando más la cabeza—; aseguraría que tampoco me ven. Me siento como si me hubiese vuelto invisible.

En aquel momento la interrumpieron unos chillidos provenientes de la mesita que Alicia tenía a sus espaldas. Al volver la cabeza, la niña vió que uno de los

